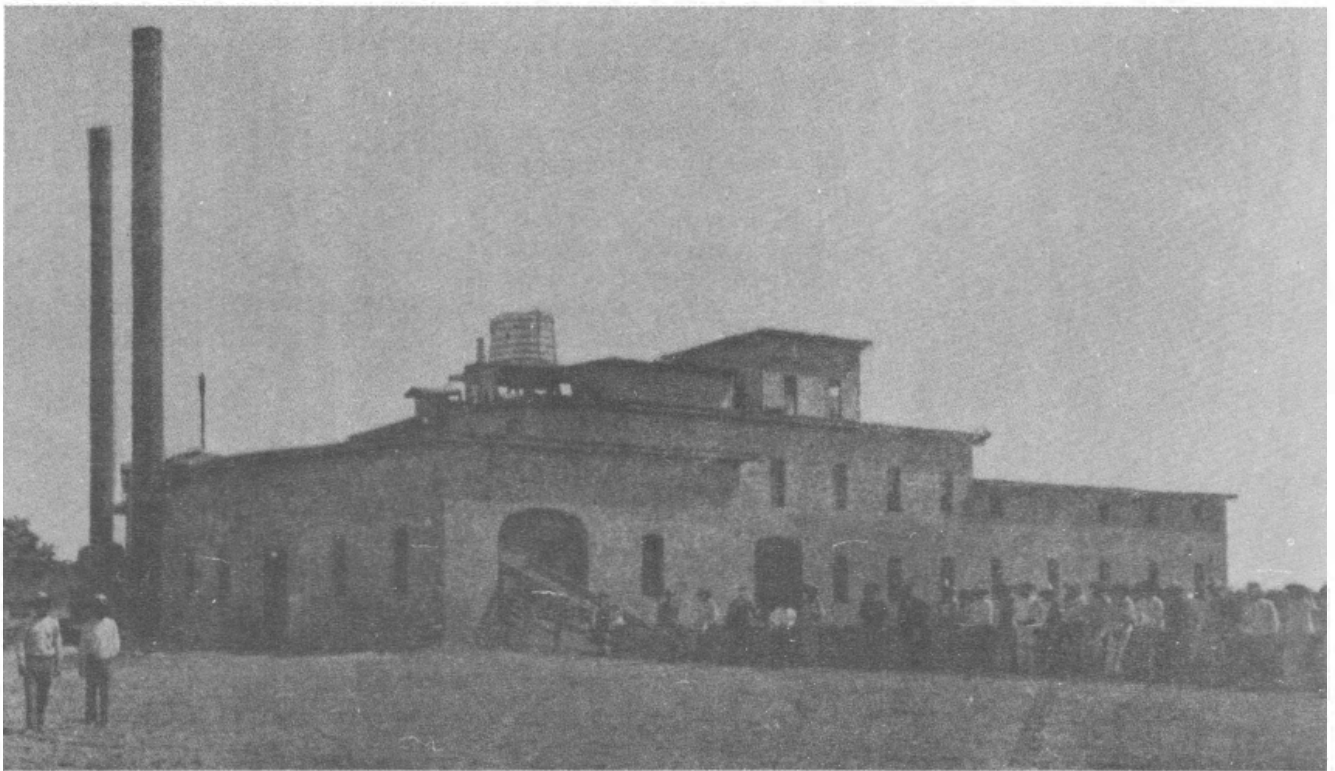


EL VALLE DEL FUERTE Y EL CONTEXTO NACIONAL



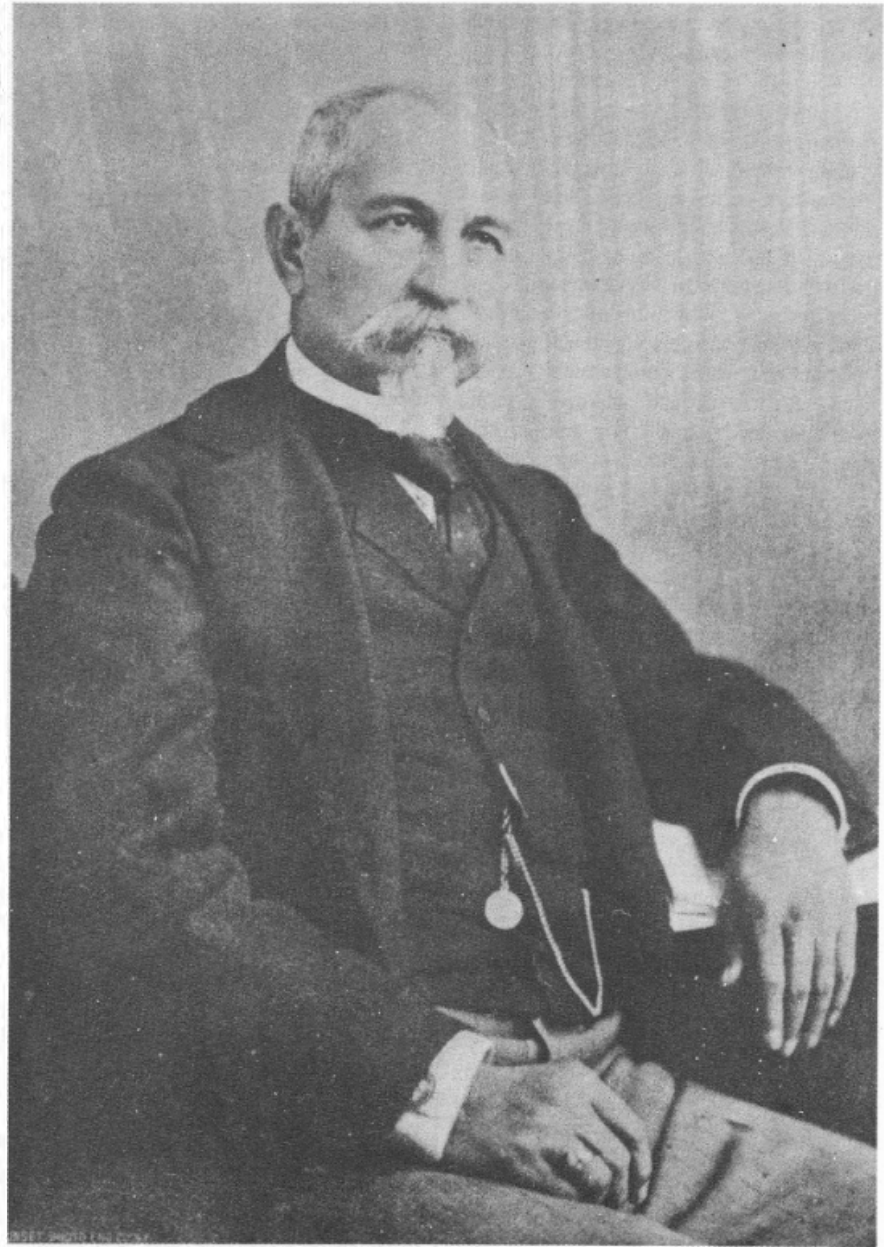
***E**l presente trabajo pretende resaltar algunas particularidades del Valle del Fuerte, entendido éste como una subregión del noroeste mexicano. Por ello se tratará de confrontar diversos aspectos históricos tanto nacionales, como regionales y subregionales, buscando destacar similitudes y diferencias entre estas tres realidades.*



Si bien es cierto que todos los habitantes de nuestro país nos identificamos y, de una u otra manera, defendemos nuestra nacionalidad, no menos cierto es que la mayoría tenemos un cierto apego a nuestro terruño, por nuestra patria chica, por la tierra en que nacimos o vivimos; de ella estamos orgullosos y la defendemos frente a los habitantes de otras regiones del país. Esta doble posición es un reflejo tanto de los lazos que nos ligan como mexicanos, como de todas aquellas costumbres y formas de vida que nos unen más estrechamente con nuestras gentes cercanas, con nuestros coterráneos. Y precisamente reconociendo las peculiaridades que tenemos como sinaloenses, yucatecos, tapatíos, o de cualquier otra región, es que podemos hacerlo como mexicanos.

“Para que una cultura nacional florezca es preciso que exista una constelación de culturas, cuyos componentes al beneficiarse entre sí, benefician al conjunto”, aseveró el poeta T.S. Eliot.¹

En este sentido, situándonos ya en la región que aquí nos interesa, se puede hablar de la imagen que el resto de los mexicanos nos hemos formado de los norteños, de los sinaloenses, como di-



¹ Eliot, 1984, p. 85.





rectos, broncos, agresivos —en tanto que no se andan con rodeos—, francos, alegres y pachangueros —las bandas—; tan intensos para trabajar como para divertirse; hombres fuertes y bien parecidos, mujeres altas y guapas, gente entre rural y urbana, dada la importancia de la producción agrícola y la influencia de ciudades tanto mexicanas como extranjeras, calentanos dada su cercanía a la costa, paisanos que al defenderse como mexicanos lo hacen como norteños.

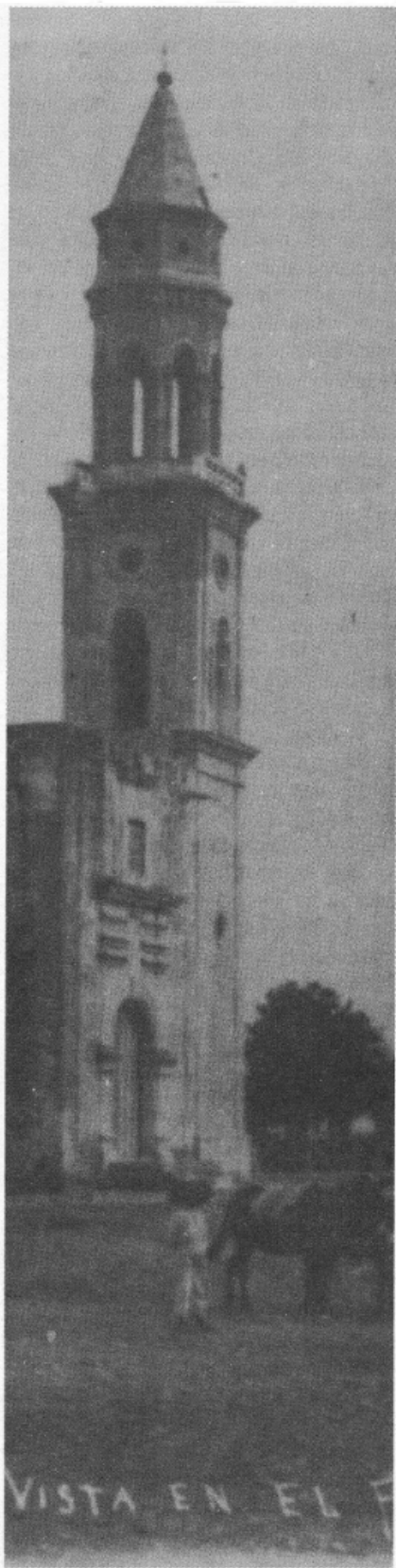
Ahora bien, cuando uno se acerca al norte se da cuenta de que esta serie de particularidades no son gratuitas, sino que son históricamente explicables dadas las series de experiencias únicas e irrepetibles por las que han pasado la región y sus habitantes a lo largo del tiempo. Se puede percibir cómo, a pesar de los cambios provocados por la civilización, hay cosas que permanecen; otras que, aunque no permanezcan, por el hecho de haber existido, inclinan los desarrollos en determinadas direcciones. Así pues, si los norteños tienen una forma particular de ser, es porque poseen la misma historia. Una historia que a la

vez que se entrelaza con la de otros conglomerados humanos del país, e incluso extranjeros, mantiene su unicidad dando lugar a la formación de una cultura propia. Cultura que aporta, comparte y se enriquece en su relación con la cultura nacional.

Las particularidades culturales del noroeste, en especial las del Valle del Fuerte, se remontan a los tiempos prehispánicos. En términos generales podemos partir del hecho de que la organización de las tribus norteñas distaba mucho de tener la complejidad de las del centro y sur de Mesoamérica, mismas que se han usado como prototipo de lo que pasaba entonces en el actual territorio mexicano. Para acercarnos a la comprensión de la integración nacional del norte sinaloense, a esas diferencias originales hay que añadir los aspectos que compartió con el resto del país a partir de la época colonial, algunos de los cuales señalaré a continuación.

El descubrimiento de América, fruto accidental de la búsqueda de nuevas rutas que ensancharan el comercio eu-





ropeo, planteó a los españoles el reto de conquistar ese inmensurable territorio —mostrenco para la mentalidad católica—. Un mundo que, si tenemos presente que España acababa de lograr su unificación nacional mediante la reciente derrota de los moros y la proclamación del catolicismo como religión oficial, debía ser conquistado para mayor gloria de Dios, sin que esto significara dejar de lado el acrecentamiento de los caudales de quienes se empeñaran en la empresa. Por otra parte, al hacer su arribo, los españoles tardaron poco en abrirse de que la fuente de riquezas naturales apenas hallada, estaba en manos de un importante contingente humano, con escaso desarrollo tecnológico. Así pues, evangelización y enriquecimiento eran los objetivos de la colonización ibera en América, objetivos que, dado el desconocimiento que se tenía del territorio americano, originalmente no tomaron en cuenta ningún tipo de especificidades y diferencias regionales.

Si a las circunstancias de los pueblos con que se topó Cortés en el centro de Mesoamérica —sociedades estratificadas, gobernadas por un poder despótico tributario, que por razones económicas o religiosas mantenía sometidos a los pueblos menos poderosos—, se añade su habilidad personal, entenderemos por que sólo fueron dos años escasos —1519-1521— los que bastaron a los hombres que Cortés capitaneaba para derrotar cruentamente al gobierno más poderoso de Mesoamérica.

La caída de Tenochtitlan cimentó la dominación hispana sobre los nativos de Mesoamérica y marcó el inicio de la expansión colonial en las tierras occidentales que, ya desde antes de 1521, Cortés había mandado explorar en busca de metales preciosos y de una salida marítima que le permitiera establecer la ruta entre Europa y Asia.

Ignorando las diferencias regionales, los móviles y perspectivas que los españoles tenían de la conquista y colonización del noroeste eran similares a las ideadas para el resto de América. Sin embargo, las características propias de las culturas nativas de esta región, su geografía y comunicaciones, así como el hecho de haber sido una zona fronteriza entre bárbaros y civilizados,

determinaron el proceso particular de ocupación de estas tierras por parte de los europeos.

Mientras que los autóctonos del Altiplano central habían superado las formas más primitivas de convivencia y tenían una cierta cohesión sociocultural, en mucho propiciada por el sistema de dominación del grupo hegemónico, los habitantes del noroeste formaban diversos conglomerados, esparcidos en un singular territorio, con lenguas disímiles y cuyo rasgo común más característico era la barbarie que tanto impresionó a los españoles, según el decir de las crónicas. Otra circunstancia que diferencia ambas regiones, significativa sobre todo si hablamos de los conquistadores, son los caminos. Mientras que Cortés se topó con rutas ya establecidas entre el oriente y el centro mesoamericano, rutas que además le fueron enseñadas por los aborígenes tributarios de los mexicanos, la situación fue muy diferente para las expediciones al noroeste, donde fueron los españoles los que tuvieron que explorarlas, sin ningún auxilio de los naturales.

En el Altiplano central los conquistadores se valieron de la alianza con los pueblos que los aztecas tenían sojuzgados para derrocar al imperio mexica y pudieron aprovechar los avances de la organización social preexistente para sentar su dominación. En cambio, en el noroeste, donde las relaciones sociales eran simples y los indios vivían dispersos, donde los medios de producción estaban poco desarrollados y por lo tanto no había sobrantes, tuvieron que ensayar un tipo de conquista totalmente diferente al que se dio en el centro del país. Acá, los españoles no podían consolidar sus victorias militares, pues los naturales ni conocían la dominación, ni estaban acostumbrados a vivir sometidos y, dado su mayor conocimiento del terreno, así como lo inexplicable que les pudo parecer la actitud de los intrusos, preferían remontarse y organizar nuevas investidas o resistencias.

En el centro, a la conquista militar seguía la labor del clérigo, consistente en cristianizar y cambiar la concepción del mundo que tenían los naturales, para que pudieran aceptar las nuevas formas de vida que se imponían, es decir, la





colonización. En cambio, en el noroeste, ante el fracaso de la conquista militar, tocó a los clérigos instaurar un diferente tipo de conquista. Los objetivos eran los mismos: cristianizar y lograr que los naturales adoptaran las formas de vida acordes con la doctrina que predicaban, bajo la tutela de la Corona española.

Las expediciones de conquista del ejército español lograron el establecimiento de un asentamiento español en la villa de Santiago y San Felipe. Sin

embargo, los soldados que allí se asentaron —hidalgos la mayoría—, no lograron retener a la fuerza de trabajo indígena en la agricultura, pues empeñados en la búsqueda de mayores riquezas, no vacilaron en abusar de ellos y maltratarlos, actitud que dio al traste con las encomiendas que Francisco de Ibarra les había otorgado. Dicha villa reviste vital importancia para los posteriores acercamientos de españoles, pues aunque muchos iberos se retiraron insatisfechos por no encontrar las riquezas ambicionadas, los que permanecieron en ella posibilitaron el posterior establecimiento de los jesuitas, y la instalación del Fuerte de Montesclaros, asentamientos que fungieron como límite entre las incursiones de los bárbaros al mundo de los civilizados, durante más de un siglo en la época colonial. Fueron precisamente los escasos pobladores españoles que allí permanecieron los que pidieron se establecieran misiones que pudiesen apoyar su estancia en tierras tan lejanas del centro.

Aunque las primeras expediciones habían incluido a algunos clérigos, ellos no permanecieron en estas regiones, debido a la inseguridad que imperaba. Tocó a los jesuitas ser los primeros religiosos en establecerse en el noroeste mexicano, pues dado su tardío arribo a tierras mesoamericanas, la labor de cristianización en el centro estaba ya en manos de otras órdenes regulares y aquellos se limitaron a establecer colegios e institutos de enseñanza.

La justificación que España había encontrado para apropiarse el continente recién descubierto: propagar y defender el catolicismo, no sólo era un imperativo, sino la razón de ser de la Compañía de Jesús. El noroeste se presentó entonces como un precioso campo de batalla para los soldados de San Ignacio, quienes valiéndose de armas espirituales y culturales, vencieron la barbarie de los indígenas, logrando su incorporación a una cultura diferente.

Una economía cerrada, basada en la producción de las propias haciendas y misiones, con muy escaso intercambio comercial, fue la que permitió a los jesuitas iniciar a los indígenas en su cultura, formas de trabajo y de vida. Ellos no tuvieron necesidad de utilizar la vio-



lencia que caracterizó la colonización de otras partes del país, fenómeno que dio lugar a una serie de particularidades regionales: los indígenas se resistieron a entablar relaciones laborales con el resto de los colonizadores españoles; se incrementó la insatisfacción de los hidalgos iberos, que lejos de ver saciadas sus ambiciones, se empobrecían cada día más — pues sus fallidos intentos de colonización les ocasionaron cuantiosas pérdidas y acá no había, como en otras partes, el oro para resarcirse, pues no era apreciado por los naturales. Esta situación dio lugar a una serie de pugnas que sostuvieron las autoridades coloniales y los escasos civiles que

independientemente de las fortificaciones militares.

Otro aspecto que diferencia al noroeste de otras regiones del país, se refiere al establecimiento de villas y poblados. Mientras que en el centro, al acto de fundación acompañaba la reparación de lotes y la traza, generalmente reticular, los asentamientos a que dio lugar la colonización jesuita fueron muy diferentes, pues después de ubicar el lugar de la iglesia, las tierras se dividieron conforme a las necesidades, sin ningún tipo de traza específico.²

Por su parte, los colonos españoles de Sinaloa, Ostimuri y Sonora, quienes con el perjuicio minero pensaban que la



poblaban la región, en contra de los religiosos, pugnas que, aunque aparentemente tuvieron su origen en motivos jurisdiccionales, la causa fundamental era económica, es decir, el contraste entre la prosperidad de las misiones y el empobrecimiento de los colonos. En tales circunstancias, no será difícil comprender que lejos de incrementarse, la población hispana de esta región iba en decremento. No obstante, las misiones aseguraron la permanencia de una escasa población hispana en el noroeste y con ello el desarrollo de algunos centros mineros, agrícolas o de comercio,

única forma de enriquecerse era la obtención de metales preciosos y

no pudiendo dedicarse a la agricultura por falta de brazos y de mercado para sus productos, no a la ganadería, por falta de seguridad para sus rebaños, [...], tuvieron que consagrarse por completo a la minería y al exiguo comercio que la pobreza general de la población española y mesti-

² En este aspecto, son interesantes las descripciones de los poblados hechas por el visitador Rodríguez Gallardo a mediados del siglo XVIII; él hace especial hincapié en el desorden que prevalecía en ellos, asentando como alrededor de las chozas pasaban las calles y caminos del poblado



za permitía, pues los indígenas adquirían la poca mercancía que necesitaban y podían comprar, en las propias misiones.³

Si a lo anterior añadimos la política aislacionista y el mercantilismo hermético que España adoptó hacia sus colonias ultramarinas, en aras de una fácil obtención de riquezas, nos podremos dar mejor idea de lo alejado que el noroeste se encontraba, en los más variados aspectos, del centro virreinal.

No obstante este alejamiento del centro, la colonización del norte de Sinaloa, específicamente las misiones, tuvieron un importante papel en la incorporación de nuevas tierras al virreinato y, desde un punto de vista más a largo tiempo, a la nación. Ellas fungieron como sostén y fuente de aprovisionamiento de las misiones de California. En ellas se apoyó la extensión colonial hacia Sonora y Chihuahua.

El siglo XVIII sería, sin duda, un periodo de cambios para las provincias del noroeste. Con el descubrimiento de las minas de Alamos en 1685, se había formado un importante centro de población y riqueza, a donde afluyeron pobladores españoles y mestizos. Este crecimiento demográfico, el incremento de la minería que hasta entonces se había desarrollado fuera de todo control y sin sujeción a ninguna autoridad efectiva y, en gran medida, la gravedad de la lucha contra los apaches y seris, dieron lugar, en 1734, a que Sonora y Sinaloa fueran segregadas de la Nueva Vizcaya, concediéndoseles un gobierno propio, pero permaneciendo los alcaldes mayores.⁴

Las pugnas entre los jesuitas y las autoridades civiles, aunque eran más obvias en las misiones, donde los religiosos controlaban prácticamente toda la vida de sus feligreses, no eran privativas del noroeste, ni siquiera del virreinato. Dichas pugnas, que ideológicamente se sustentaban en la adversidad de la Compañía de Jesús ante el regalismo español, culminaron en 1767 con la expulsión de dicho orden de todos los territorios pertenecientes a la Corona española. Las repercusiones de

la expulsión no fueron las mismas para las diversas zonas del virreinato. La ausencia de los soldados de San Ignacio se hizo más notoria en los centros misionales.

En el noroeste, donde los jesuitas fueron sustituidos por sacerdotes seculares y algunos frailes franciscanos, y en lugar de la misión se establecieron los curatos, las repercusiones de dicha expulsión fueron de especial importancia. Los más afectados fueron los indígenas, pues sin la dirección y amparo de los misioneros, abandonaron las formas de vida en que los habían iniciado; la cohesión que se había logrado gracias a la organización productiva se rompió. Unos se remontaron e iniciaron de nuevo la lucha por la propiedad de la tierra. Otros fueron sometidos y empleados como fuerza de trabajo para la explotación de las riquezas de la región.

La parroquia o curato con que se pretendió sustituir la misión fue incapaz de retener y controlar a los indígenas, pues el estilo de evangelización que implementaba no tenía el mismo dinamismo y estaba muy lejos de abarcar las mismas funciones de la misión, es decir, de incorporar toda la vida de los indígenas.

A los que les sonreía ahora la vida era a los blancos y mestizos, pues en adelante se harían cargo de la economía y de la explotación de las riquezas de la región. Debido a la mala administración de quienes se encargaron de las temporalidades de las misiones, buena parte de ellas pasaron a manos de españoles y criollos, quienes contaron no sólo con las tierras, sino también con brazos que trabajaran en diversos sectores productivos.

Consecuentemente, aumentaron los pobladores españoles ante las expectativas económicas que se avisoraban.

Aunque desde antes de la expulsión de los jesuitas, había cierta conciencia sobre el abandono del norte del país, dicho acontecimiento la acentuó. En este sentido y buscando integrar el noroeste al resto del virreinato, el gobierno central decidió utilizar los bienes de los jesuitas de las Californias en la posterior colonización de aquella zona.

La expulsión de los jesuitas, el sometimiento de los indígenas a los espa-

³ Miguel O. de Mendizabal, 1930, p. 186.

⁴ *Ibid.*, p. 119.



ños, la conciencia sobre el abandono del norte, fueron factores que intervinieron para que la sociedad y la economía noroccidentales iniciaran cauces semejantes a los que vivía el resto de la Nueva España. Los hechos mencionados, aunados a la política económica implementada por los monarcas hispanos durante la segunda mitad del siglo XVIII —incremento— al libre comercio, abrieron posibilidades para los criollos y españoles de esta región, quienes impulsaron la explotación de las minas de Alamos y las actividades que se realizaban en torno a sus requerimientos.

Sin embargo, había dos graves problemas que permanecían. De una parte la escasez de moneda, carencia que no sólo propiciaba los más desiguales y abusivos tratos comerciales, sino que daba lugar al contrabando de metales preciosos, ante la imposibilidad de acuñarlos. De la otra, la falta de control político administrativo, debida a la distancia entre estas regiones y el centro del virreinato, situación que mantenía a aquéllas expuestas a las incursiones de los indígenas, e incluso en peligro de caer en manos extranjeras.

Para solucionar el primero de estos problemas se hizo inminente el establecimiento de una casa de moneda. Para el segundo se decidió una nueva división política: se formaron, en 1776, las Provincias Internas de Occidente —Sinaloa, Sonora, California, Nueva Vizcaya y Nuevo México—, las que al lado de las Provincias Internas de Oriente serían gobernadas por una comandancia general, con amplias facultades político militares. Sin embargo, administrativamente, la corrupción con que operaban los alcaldes mayores en todo el virreinato originó una nueva división política. Se formaron doce intendencias, una de ellas la de Arizpe, que incluía a las provincias de Sonora y Sinaloa.

No obstante la carencia de vestigios materiales que hablaran del esplendor logrado bajo el dominio español en otras regiones del virreinato y de una débil presencia de la iglesia, el movimiento de independencia sorprendió a los pobladores norteros en una situación bonacible, si se la compara con épocas anteriores. Situación que en gran parte se debía a la política impulsada por los

monarcas borbones. En tales circunstancias, las simpatías que inicialmente despertó el movimiento emancipador en el noroeste fueron muy escasas.

Las luchas que durante dicho movimiento se desarrollaron en el centro y sur del país, interrumpieron las rutas comerciales que partían de México y Guadalajara hacia Sonora y Sinaloa, privando a esta zona de los productos que, tanto para la producción minera como para el consumo, les llegaban a través de ellas. Con el fin de subsanar las carencias que ello ocasionaba, se autorizó en la región el comercio extranjero, cosa que era ilegal dado el monopolio que ejercían los comerciantes de la ciudad de México, pero que no sólo solventó las carencias sino que, principalmente, hizo conscientes a los habitantes noroccidentales de las ventajas que tendrían con la desaparición de los controles coloniales. De ahí, que los criollos de Sinaloa recibieran de buena manera el movimiento triunfante de Iturbide.

Con la consumación de la independencia México inició un difícil proceso de consolidación nacional. Geográficamente, el naciente país incluía a una



serie de regiones que, no obstante tener un pasado colonial común, mantenían muchas diferencias. Tal es el caso del Estado de Occidente, conformado por los actuales de Sonora y Sinaloa.

Durante el siglo XIX Sinaloa atravesó por dos procesos históricos de singular importancia. Se transformó y consolidó como estado con características socioeconómicas propias, a la vez que se incorporó activamente a la nación mexicana, estableciendo diversos tipos de relación y entrelazando su destino con el de las demás regiones del país.

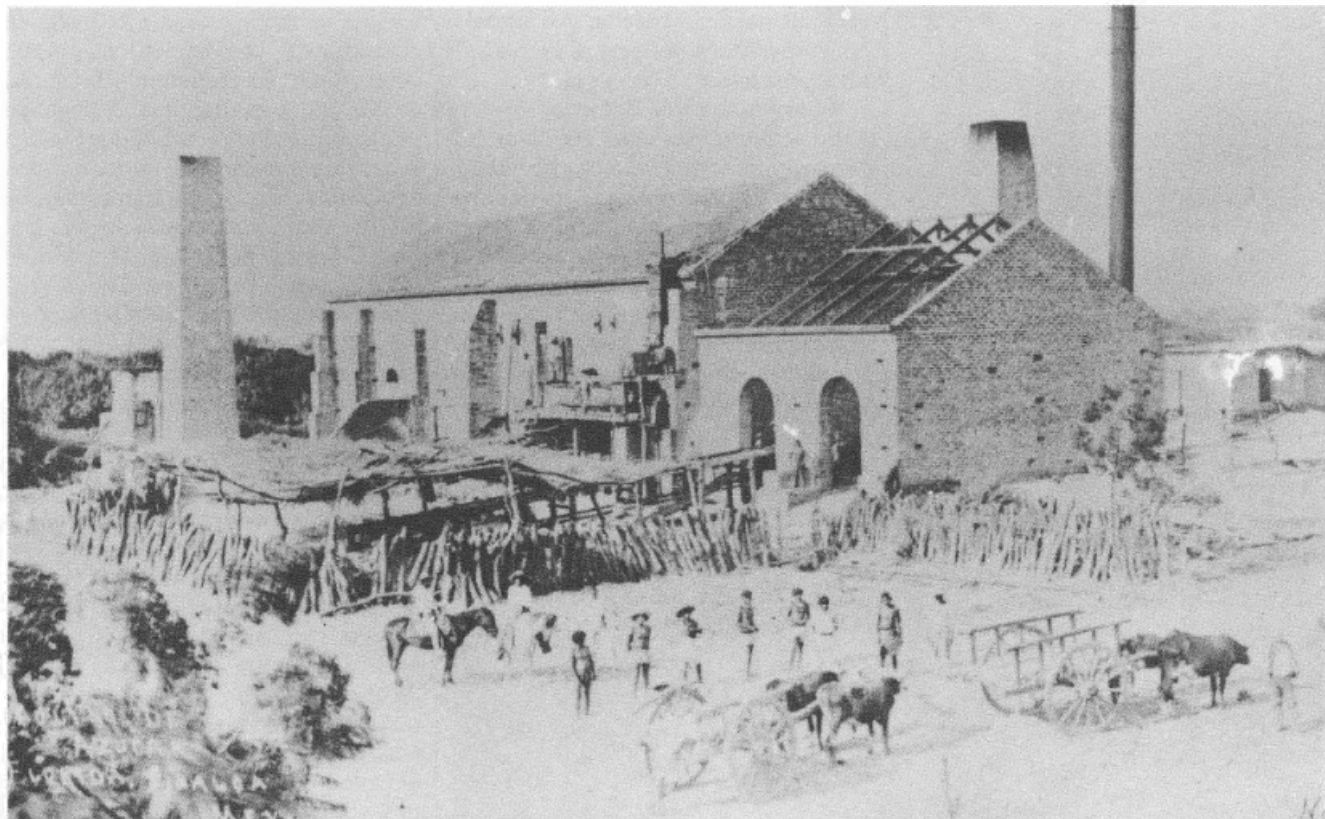
Desde los últimos tiempos de la época colonial, se habían empezado a conformar en la zona diversos grupos con poder económico. Su poder se consolidó a raíz del ilícito tráfico que se permitió durante la guerra de independencia, el cual resultó un buen negocio para los comerciantes locales. El nuevo gobierno nacional no tenía medios para sustituir los controles político militares que durante el virreinato se habían establecido en la región, por lo que aquellos se convirtieron en grupos locales de poder político, cuyos intereses principales es-

taban muy alejados de los del resto de la población, pues no eran otros que aumentar sus riquezas.

En los primeros años de la época independiente —tercera y cuarta década del siglo XIX—, las pugnas entre dichos grupos ocasionaron la división del Estado Interno de Occidente y, posteriormente, contendieron por el control económico y político del estado de Sinaloa, sin que hubiera acción efectiva del gobierno federal en Sinaloa, ni viceversa. No obstante, los problemas de definición del camino a seguir internamente en el Estado de Occidente, fueron similares a las que se vivían en el resto del país. En él también se quiso acabar con las propiedades corporativas —esencialmente las de las comunidades, pues la iglesia carecía de propiedades— y elevar a los indígenas a la calidad de ciudadanos comunes.

A partir de entonces y hasta el porfiriato, Sinaloa entra, al igual que el resto del país, en una era de inestabilidad político nacional, es decir, la pugna entre conservadores y liberales interactúan y se reflejan a nivel regional. Los grupos de poder estatales luchaban por lograr





el control del gobierno local y consolidar de esta manera a sus intereses económicos. El gobierno federal, por su parte, con fuerzas militares acuarteladas en Mazatlán, buscaba imponer su política y su gente. Este puerto, que de simple puesto de observación durante la época colonial se había convertido en el más activo del Pacífico, era el centro de diferencias entre los dos bandos en pugna en el estado. Mientras que los conservadores, encabezados por la familia De la Vega, pugnaban por la "regulación del flujo de mercancías al interior del estado por medio de las alcabalas";⁵ los federalistas, favoreciendo a los comerciantes mazatlecos, buscaban el control a través de la aduana federal. De esta manera, el estado de Sinaloa impuso a la pugna entre liberales y conservadores un carácter regional.

En el aspecto económico, la situación de Sinaloa, aunque en muchos casos se semejaba al resto del país,

⁵ Sergio Ortega, 1987, p. 28.

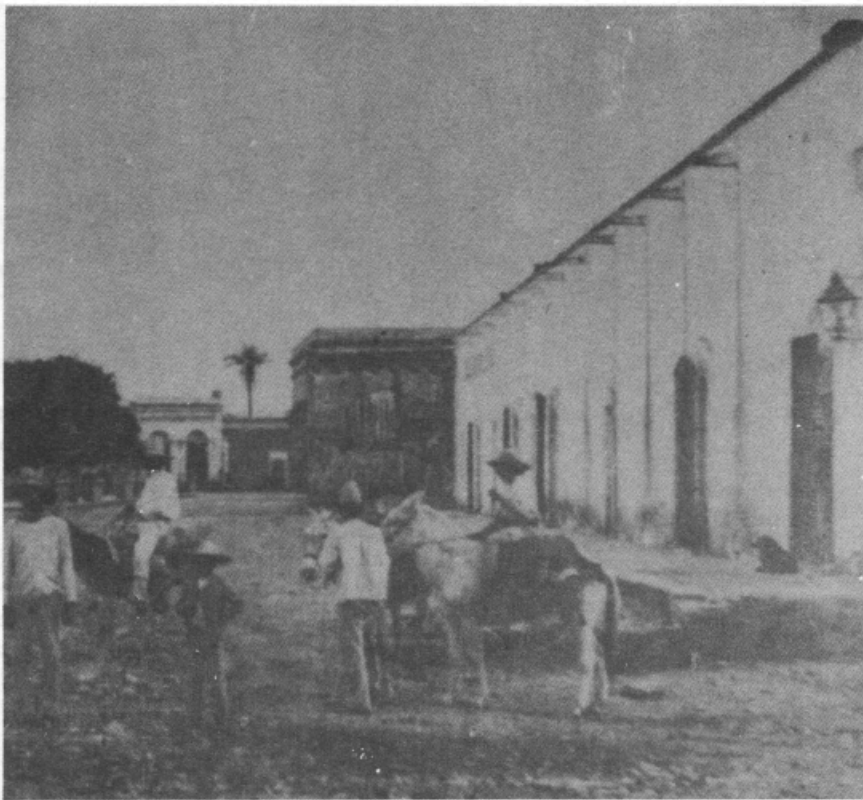
también mantenía sus características propias. La minería había resurgido principalmente en Concordia, Cosalá, El Rosario y Guadalupe de los Reyes. En el campo, la gente se seguía dedicando fundamentalmente al tradicional cultivo de maíz y frijol, pero además de cubrir las necesidades del estado, se mandaba parte de estos productos a Sonora y California. No obstante, el Valle del Fuerte, pese a la bondad de sus tierras, permanecía sin trabajarse.

La situación de los comerciantes y capitalistas norteros no difería mucho de la de sus congéneres de otras zonas de la nación. Dado que los impuestos que renuentemente pagaban, sólo alcanzaban para sustentar los sueldos de funcionarios y empleados del estado, vivían siempre con la amenaza de los préstamos forzosos a que el gobierno les obligaba, con el fin de sofocar los motines e incluso de los que les exigían los mismos levantados, pues no hay que olvidar que el siglo XIX, hasta la consolidación del porfiriato, fue un periodo de constantes luchas entre los grupos que pugnaban por hacer triunfar su pro-



yecto de nación, situación que además era aprovechada por grupos de bandoleros para hacer de las suyas.

El movimiento de Reforma — 1854-1861 —, fue el momento álgido de las pugnas entre conservadores y liberales.⁶ La confrontación violenta entre los dos grupos en pugna, culminaría en 1867, cuando al derrotar al intervencionista Maximiliano, fue desarticulado el bloque conservador. Para Sinaloa, al igual que para el resto del país, este movimiento constituyó un parteaguas de su proceso histórico; a partir de ese mo-



mento participaría tanto dentro como fuera de su territorio en la solución de los conflictos nacionales en 1859 para combatir a Lozada; en 1863 tropas sina-

⁶ Mientras que los conservadores, fundamentalmente grandes propietarios, clero y militares, pugnan por un desarrollo económico nacional a través de la industrialización; los liberales, en su mayoría pequeños propietarios, profesionistas e intelectuales, buscaban el desarrollo del país a través del establecimiento de instituciones democráticas, producción de materias primas para el mercado internacional y apertura a la inversión extranjera.

loenses se incorporaron a la lucha en contra de la intervención, y en 1866 combatieron en Querétaro y la ciudad de México para derrotar al Segundo Imperio. Era la primera vez que Sinaloa intervenía directamente en los asuntos nacionales. Ese fue un gran triunfo de los liberales, pues habían logrado, al menos sentimentalmente, la unión de los mexicanos bajo la bandera del nacionalismo. Además, esta integración a los procesos económicos y políticos del país acabó con las pugnas entre las oligarquías regionales sinaloenses.⁷

Ya no serían los intereses de los grupos locales los que orientarían las formas de vida en Sinaloa. El proyecto liberal acabó por imponerse a los pocos y débiles conservadores en el estado. Los únicos que permanecían al margen de esa situación eran los indígenas, que aprovechan cualquier situación para rebelarse en contra del maltrato y abuso de que eran objeto. Al finalizar la guerra de intervención la economía sinaloense estaba muy dañada, no sólo por lo devastado que habían quedado los campos, sino por el gran número de soldados que quedaron sin trabajo. Había que sentar las bases para echar a andar los principios del liberalismo que situarían a México en la órbita del capitalismo dependiente. Al gobierno le tocaba implementar la infraestructura material y las normas jurídicas, lo demás sería obra de los propietarios particulares. No obstante, la República Restaurada no pudo ser sino un periodo de lenta recuperación económica para Sinaloa, en el que los problemas sociales y políticos no estuvieron ausentes: el bandolerismo, la facción lozadista en el sur, la presión de comerciantes y la presencia de fuerzas federales insumisas en el puerto.

Los principios liberales eran generalmente aceptados, lo difícil era ponerlos en práctica. Uno de los pasos en este sentido fue la ampliación de los mercados regionales, hecho de singular repercusión en Sinaloa, pues permitió la desarticulación del grupo de comerciantes mazatlecos que tanto obstaculizaba la labor del gobierno estatal.

El proyecto de nación que los libera-

⁷ Ortega, *op. cit.*, pp. 46 y 87.



les tenían, se implementó ya más en forma, durante la época en que Porfirio Díaz permaneció al frente de la nación y Cañedo, uno de los porfiristas, al mando del estado de Sinaloa. Entonces se consolidó la clase dominante surgida del liberalismo. Como consecuencia de las leyes de desamortización, los hacendados acumularon tierras, los campesinos las perdieron y fueron reducidos a calidad de peones; poco a poco los artesanos o fueron desplazados o se incorporaron a la industria; se importaron tanto capitales como tecnología y el mercado interno, ligado al internacional, se expandió. Fue entonces cuando Sinaloa y particularmente el Valle del Fuerte se incorporaron de lleno al proyecto de desarrollo nacional. En el Fuerte hubo un impulso muy grande a la agricultura; se abren nuevas tierras al cultivo, se modernizan las técnicas de la labranza y se construye infraestructura de riego. En algunas zonas, el cultivo principal fue la caña dulce que demandaba la agroindustria azucarera, estructurada tempranamente bajo formas capitalistas.

Durante esta época, la resistencia indígena que luchaba por sus tierras fue quebrantada. Los levantamientos de los indígenas del Yaqui, del Mayo y del Fuerte, fueron reprimidos y sus tierras concesionadas a empresas norteamericanas —primero a la *Sonora Irrigation Company* (1890-1902) y después a la *Richardson Construction Company*.⁸

Sin duda, el Valle del Fuerte y la bahía de Topolobampo constituyen ejemplos clásicos de la apertura del país a la inversión extranjera y de la política de población y colonización de los territorios no explotados: a Owen se le conceden la construcción del ferrocarril y se le permite colonizar; a Johnston se le dan todas las facilidades para la consolidación y expansión de su ingenio.

Es precisamente la colonización norteamericana en Topolobampo con la que se inicia la historia moderna del Valle del Fuerte; a ella se debe la construcción del ferrocarril Chihuahua-Pacífico, la fundación del puerto de Topolobam-

po y de la ciudad de Los Mochis, así como de los primeros canales de irrigación en la región.

La afluencia de colonos originada por la colonia de Owen y el crecimiento socioeconómico impulsado por el ingenio de Johnston, pusieron en evidencia la riqueza y posibilidades del valle y dieron lugar a la fundación de Los Mochis, ciudad que, como la mayoría, desde su nacimiento estuvo vinculada a las necesidades y requerimientos de su región, pues sus primeros pobladores se instalaron allí buscando solución a los problemas tanto de la propiedad de la tierra como de abastecimiento de agua.

Ahora bien, si esta ciudad crece y se consolida, es precisamente porque respondía a necesidades regionales. El ingenio demandaba una serie de satisfactores para sus trabajadores: casas, comercios y diversiones, servicios médicos, educación, etcétera. Los Mochis empieza a responder a esas demandas. A ella empiezan a emigrar una serie de personas: trabajadores, profesionistas, negociantes, comerciantes, tanto regionales y nacionales, como extranjeros.

Si el régimen porfiriano no acabó con los contrastes culturales regionales, sí había contribuido a homogeneizar en diversos aspectos a las distintas

zonas del país, esencialmente en lo socioeconómico. Fue por ello que la Revolución involucró, activa o pasivamente, a prácticamente todo el país. La participación de Sinaloa y específicamente de su región norte no fue muy notoria en el movimiento armado. En cambio, los trabajadores agrícolas del Valle del Fuerte, en especial los cañeros, se distinguieron por ser de los primeros en luchar por el establecimiento de las instituciones emanadas de la Revolución en su región y en su rama de actividad.

Bajo la perspectiva que nos da esta breve mirada retrospectiva, parece un tanto comprensible la serie de particularidades de los norteños de las que hablabamos en un principio. Concluiré haciendo dos observaciones que han llamado la atención en este acercamiento a la región del Valle del Fuerte.

La primera se refiere a cómo ésta, siendo originalmente una región tan alejada del resto de las que actualmente conforman el país, va vinculando e incorporando su proceso histórico regional al de la nación, de una manera tan original y tan activa.

La segunda es cómo, asentada en tierras que fueron quitadas a los fieros y bárbaros naturales por los españoles, fruto de la inversión estadounidense, se forma la ciudad cosmopolita de Los Mochis, tan mexicana como cualquier otra del país. Cercana a ella, la vieja ciudad de El Fuerte permanece recordándonos un largo proceso histórico regional.

BIBLIOGRAFIA

- ELIOT, T.S., *Notas para la definición de la cultura*, traducción de Félix de Azúa, Editorial Bruñera, Barcelona, España, 1984.
MENDIZABAL, Miguel O. de, *La evolución del Noroeste de México*, Publicaciones del Departamento de la Estadística Nacional, México, 1930.
ORTEGA, Sergio y Edgardo López Mañón, *Sinaloa, una historia compartida*, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, México, 1987.

⁸ *Ibid.*, p. 60.

